

«Alá te dé victoria, y Mahoma en todo sea propicio. De Arjel, y para lo que te cumpliere. — *El Ochali.*»
Leida la carta, el reyecillo, como resucitado de muerte á vida, mostró muy alegre semblante, y tornó á abrazar de nuevo á los dos capitanes turcos, ofreciéndoles grandes pagas. Todo aquel escuadron turqués dio luego una carga de escopetería tan brava, que hizo resonar los valles y sierras de tal forma, que se oyó el ruido en muchas partes donde había una multitud de moros ahuyentados de la braveza de los cristianos, no fiándose de las paces prometidas. Mandó el reyecillo que se fuesen á Valor, pueblo suyo, el cual no estaba tan cerca de allí como hemos dicho, porque la cueva en que se escondió estaba encima de la sierra de Dalías, según hemos sabido después por verdaderas relaciones. Llegando allí fueron recibidos con mucha alegría, porque todos tenían ya por muerto al reyecillo, el cual les dijo que se mantuviesen firmes en lo comenzado, pues tenían á la vista aquel socorro, y mas que les vendría. Con esto se fué de Valor á un lugar llamado Yubiles, de allí á Andarax, y de allí á Adra, en donde halló grandes compañías de monjes y de otros moriscos malhechores, los cuales se juntaron con él muy alegres, y admirados de verle vivo habiéndole tenido por muerto. Luego se volvió el reyecillo á Andarax con su compañía, dando la orden que en la guerra se había de tener contra los cristianos.

El marqués de Mondéjar, al instante que supo por la parte de Vera y Mojacar que habían entrado gentes de Africa, mandó que se apercibiese toda la gente de guerra que estaba alistada, y era mucha, compuesta de gente muy principal de la Andalucía y de valerosos capitanes; hallóse por cuenta que el marqués de Mondéjar sacaba veinte mil hombres entre los de á pié y á caballo, todos andaluces y valerosos, la flor del mundo; dejando aparte los del reino de Murcia, con quienes no se halla igual. Saliendo pues el marqués de Mondéjar de Granada, acompañado de tanta y tan lucida gente, y llevando sus banderas tendidas con el estandarte real de la Alhambra, y delante su guioncillo de general, siguiéndole muchos y muy principales caballeros, llegó á los lugares llamados Alhendin y el Padul, en donde halló á los moros sosegados, y mandó por bando que ningún soldado hiciese daño á los moriscos ni á sus bienes. Hacíalo así el marqués, pensando allanar á los pueblos levantados por bien, y no por mal; pero no le sucedió como pensaba, según diremos adelante, y después de haber puesto el romance que habla de lo contenido en este capítulo.

El buen conde de Tendilla,
Que es marqués intitulado
Del estado de Mondéjar,
Señor de muy gran ditado,
Uno de los del consejo
Por su valor estimado,
Fiel alcaide del Alhambra,
Y gran general nombrado
De ese reino de Granada
Por el rey y su mandado;
Como viese que los moros
Del reino se han levantado,
Mandó juntar mucha gente
De guerra, con aparato
Para poderlos vencer
Y traer á su mandado;
Y subir al Alpujarra,
Llevando campo formado;
Aunque el marqués bien quisiera
Por buena vía llevarlo,
Y así envió dos moriscos
De Granada á negociar:
Moros son de calidad,
Y de cantidad nombrados.
Manda que paces concierten
Con los moros levantados,
Y que perdon general
Prometan en aquel trato.
Enviados por el rey
Para mas asegurarlos,
Esto tratan los dos moros
Con los pueblos rebelados.
Los cuales arrepentidos
Dicen que ellos son cristianos,
Y que no quieren la guerra,
Porque fueron engañados
Por el falso Abenchoar,

Que estaba mal indignado
Contra el marqués de Mondéjar,
Porque había maltratado
A los moros granadinos
Como se ha declarado;
Mas á ellos que les pesa
De haber las armas tomado,
Y que quieren reducirse
En el hábito cristiano.
También dicen los dos moros
Que darán diez mil ducados
Al que diere la cabeza
De aquel reyecillo falso.
Por codicia desta empresa,
Muchos moros van buscando
Al cuitado reyecillo
Para prenderlo ó matarlo;
El cual tuvo que esconderse
Donde no fuese hallado.
Y el que mas le sigue y busca
Es el Derri, su privado;
Y como no le hallase,
Por ganar diez mil ducados,
Mató á un manebro morisco
Que parecía á don Fernando,
Y cortada la cabeza
A Granada la han llevado.
El marqués lo prometido,
Paga quedando engañado;
De paz está todo el reino,
Como se había tratado.
Solos quedaban los monjes,
Que no se han acomodado.
Estos son mas de tres mil,
Y todos muy bien armados.
Fasar se quieren á Fez
En hallando buen recaudo,

Porque entienden que ya es muerto
Aquel reyecillo falso.
Estando en aqueste punto,
Muchos turcos han entrado
Dentro de las Alpujarras,
Y todos muy bien armados;
Que los envió el Ochali,
Rey de Arjel tan nombrado,
Para socorro y defensa
Deste granadino estado.
Hallaron al reyecillo
En una cueva encerrado,
El cual muy bien los recibe,
Y con ellos pasa á Valor,
Y dende allí á Andarax.
Con su campo concertado.
Los monjes con él se juntan
Con placer demasitado
En tener á su rey vivo,
Que por muerto le han juzgado.

El reyecillo da orden
De lo que se hará en el caso:
La guerra quiere seguir
Como había comenzado.
El buen marqués de Mondéjar,
Siendo de aquesto avisado,
Luego salió de Granada
Llevando el campo formado.
Lleva mas de veinte mil
Que le van acompañando.
Muchos capitanes fuertes,
Muchos lucidos soldados,
Ricas banderas tendidas,
Y su estandarte dorado.
Con el marqués un guion,
Como caso acostumbrado,
Que le lleva un general
Cuando va un campo marchando:
Lo que desto sucedió
Os será después contado.

CAPITULO IV.

En que se pone la salida del marqués de los Velez contra los moros de los rios de Almanzora y Almería, sierra de Filabrés y Tahall, y otras cosas que sucedieron.

Ya hemos contado cómo el marqués de Mondéjar llegó al Padul, y había pasado por Alhendin, dejando á los moriscos de aquellos lugares pacíficos. De allí se fué á las Albuñuelas, donde hizo alto su campo, para dar orden á la reduccion de los moriscos de aquellos lugares, sin daño dellós: lo que ciertamente consiguiera, y allanara todas las Alpujarras, llevando las cosas por buenos medios y por vía de paz, conforme tenia prometido con el perdon general de aquel arrebato y acelerada rebelion, si malos cristianos quisieran cooperar á este su buen propósito. Pero de los veinte mil hombres que llevaba en su campo, iban mas de diez mil los mayores ladrones del mundo, animados de la idea única de robar, saquear y destruir los pueblos de los moriscos que se mantenían sosegados; y así, apenas el marqués de Mondéjar había pasado de Alhendin y el Padul, asentando el campo en las Albuñuelas, cuando mil destos ladrones salieron de su real y tornaron á los lugares susodichos, los saquearon de noche, mataron á muchos moriscos, y se llevaron muchas mujeres jóvenes y muchachas á sus tierras, en donde las vendían por esclavas. Hecho el daño por la noche, luego se volvían al real; y aunque los moros habían escapado huyendo y querellaban al marqués diciéndole todo cuanto habían padecido, y los robos y muertes que por la noche ejecutaban los suyos, eran de ningún provecho las quejas, porque el marqués nada remediaba, no sabiendo á quién castigar, por ser tanta la multitud de gente depravada que en su real había.

Viendo esto los moriscos, y que su mal no tenia remedio, indignados de que sus haciendas, sus mujeres y sus hijos fuesen robados impunemente, no aguantaron mas, y así recogiendo y escondiendo todo aquello que se podía, se iban á la sierra en donde estaba el reyecillo, diciendo que el marqués con achaque de paz les enviaba tropas para destruirlos. El reyecillo los amparaba, y recibía de buen grado, diciéndoles: «pobres de vosotros, ¿no veis que debajo del engaño desas públicas y prometidas paces, os van destruyendo y acabando, y así os llevarán hasta que no quede ninguno? Tomad todos las armas, y morid defendiendo vuestras vidas y haciendas, que presto seréis señores absolutos de toda la tierra.» Con esto cobraron ánimo, y dejando sus lugares iban á alistarse en la milicia; por manera que á causa de los malos cristianos, sedientos de robar y de apoderarse de las haciendas ajenas, fueron sucesivamente levantándose muchos pueblos de los moriscos. Bramaba, ardía en saña el marqués viendo que lo que él prometía se lo desconcertaban las gentes de su real. A menudo mandaba echar bandos con pena de la vida al que saliera á saquear; pero valían muy poco estas diligencias contra los ladrones que se escapaban á deshora, y de suerte que nadie sabia su salida, aunque estaban puestas centinelas por los caminos. Estendiéndose tan fatales nuevas por todos los demás lugares de las Alpujarras, volvió de nuevo á alborotarse y tomar las armas todo el reino,

no fiándose ya de las paces prometidas, y queriendo mas morir ofendiendo, que vivir padeciendo.

Los capitanes que habían sido señalados y repartidos por orden del reyecillo, volvieron á juntar su gente, á apercibirse de armas, y seguir las banderas del señor de Valor contra los cristianos. Los turcos que vieron tantos hombres ayuntados y no mal armados, los animaban diciendo que ellos les ayudarían á ganar toda España. Con esto los moros granadinos tomaron tanto brío, que de nuevo tornaron á hacer crecidos males. El marqués de los Velez, don Luis Fajardo, teniendo noticia de que los moros habían vuelto á levantarse, aunque á la verdad ya no tenían ellos la culpa sino los malos cristianos, determinó salir con campo formado contra los de los rios de Almanzora y Almería, á fin de que, yendó el por una parte y el marqués de Mondéjar por otra, se pusiese pronto término á aquellas guerras civiles. Como general del reino de Murcia, escribió luego á los pueblos mas vecinos para que le acompañasen en esta jornada, y así se juntaron de Caravaca muchos y muy buenos soldados con un valeroso capitán, llamado Juan de Leon, y un sargento mayor llamado Andrés de Mora, hombre muy esforzado y práctico en la milicia: de allí sacó también un alferez para que llevase su estandarte, llamado Benavides, sujeto hidalgo de gran calidad por su persona; en todos saldrían unos cuatrocientos soldados muy buenos, bien apuestos y armados. De la villa de Cehegin salieron doscientos hombres, gente muy lucida y bien armada, llevando por su capitán á un soldado viejo y valiente, que se llamaba Carreño. De la villa de Mula salieron trescientos hombres bien armados y valerosos, con su capitán, nombrado Melgarejo, que era varon de grande esfuerzo. De la villa de Totana salieron cien hombres robustos, criados en la costa, y acostumbrados á verse cada dia con los moros, cuyo capitán se llamaba Juan de Mora, excelente soldado. De la villa de Alhama salieron otros cien hombres, tan buenos soldados como los de Totana, y muy acostumbrados también á verse en la marina con los moros; llevaban un buen capitán, llamado Felcayuela. El marqués envió á su hermano don Juan Fajardo, maese de campo, á Lorca para que pidiese á la ciudad gente que fuera en esta jornada; y así salieron de Lorca en esta vez mas de mil hombres de guerra, toda gente valerosa y bien armada, llevando por capitanes á Juan Felices Quiñonero, hidalgo principal de la casa de los Quiñones, á Juan Felices Duque, Juan Mateos de Guevara, Alfonso del Castillo, el mozo; Adrian Leonés del Alberca y Hernán Pérez de Tudela. Además destos seis valerosos capitanes salieron después en ocasiones por orden de la ciudad otros cinco, hidalgos también y de mucho valor, que fueron los siguientes: Alonso de Leiva Marín, Martín de Lorita, alferez mayor; Gomez García de Guevara; Juan Mateos Rendon, y Luis de Guevara: entiendo que este último salió de los primeros y dél hablaremos después, así como de los demás. También salió en otra ocasión por capitán Juan Leonés de Guevara, y Luis Ponce su hermano, capitán de caballos, y Juan Manchiron, regidor de Lorca. Y pues hemos hablado destos lugares, llamados por el marqués, y de los capitanes que dellos salieron, es justa razon que digamos algo de la noble Murcia; la cual siendo avisada por su noble adelantado, al punto escribió al rey lo que pasaba, y su majestad la mandó que siguiese la guerra, y socorriese con gente á su adelantado. Así luego la noble ciudad creó tres capitanes valerosos, dos de infantería, llamado el uno Alonso Galtero, caballero de mucho valor, y el otro Nofre Ruiz, hombre principal é hidalgo; el capitán de caballos se llamaba don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago, y su alferez fué otro caballero ilustre, llamado Salvador Navarro. Hicieron estos mucha y muy gallarda gente, y toda bien armada; mas no salieron tan pronto de Murcia, que no los precediera el marqués de los Velez, saliendo

el dia de los Reyes, año de 1569. Llevaba el valeroso Fajardo de los lugares ya referidos tres mil hombres fuertes y bien armados, sin los que aguardaba de Murcia; y marchando con buen orden tendidas sus banderas, iba Lorca á la vanguardia, Caravaca de batalla, Totana, Alhama y Cehegin á la retaguardia. Toda la gente del campo era escogida, bien dispuesta de armas, y bastante para acometer á veinte mil hombres que fueran de otras naciones.

Así el buen adelantado, muy gallardo y contento de ver un campo tan lucido, decía que en el tiempo que siguió las inclitas banderas del emperador su señor, no había visto mejor gente, ni mas lucida que la que él á la sazón llevaba; y que en muchas ocasiones se holgara de haber tenido la gente de aquel reino de Murcia, porque se señalaba ventajosamente entre todas las demás de España. El marqués era uno de los caballeros mas valerosos del mundo, pudiéndose contar entre los mas célebres de España, incluso aquellos que tuvieron mas nombradía, como el Cid, el conde Fernán-Gonzalez, Bernardo del Carpio, y otros capitanes españoles muy esclarecidos. Esto lo confirmó el emperador don Carlos V, nuestro señor, estando en Cartagena de vuelta de Arjel, yéndole á besar las manos el marqués don Pedro, padre del don Luis, de quien ahora tratamos; y que habiéndole abrazado y levantado del suelo donde estaba de rodillas, le dijo lo primero: «marqués, buen hijo teneis, y bien podeis decir que es uno de los buenos de España: así lo ha mostrado en todas las ocasiones que se ha hallado conmigo.» A lo cual respondió el marqués don Pedro: «señor, yo y él estamos al servicio de vuestra real y cesárea Majestad hasta la muerte.» Tornóle á abrazar el emperador, diciéndole: «tal se tiene entendido dél y de vos.»

Viniendo á propósito decir algo del valor y la nobleza de don Luis Fajardo, aunque nos salgamos un poco del hilo de nuestra historia, lo haremos de paso y en breves razones, porque nos aguarda en las Albuñuelas el marqués de Mondéjar, de quien debemos tratar en otro capítulo. Es pues de saber que el señor don Luis era hombre muy gentil, de recios y doblados miembros, tenía doce palmos de alto, tres de espalda, y otros tres de pecho, fornido de brazos y piernas, la pantorrilla gruesa y bien hecha al modo de su talle, el vacío de la pierna delgado, de tal manera, que jamás pudo gastar bota de cordobán justa, si no fuese de gamito de Flandes; calzaba trece y mas puntos de pié, y era tan bien trabado, rebecho y doble, que no se echaba de ver su altura; el color moreno cebrino, los ojos grandes rasgados, lo blanco dellós con algunas fibras de sangre, de espantable aspecto; usaba la barba crecida y peinada, y alcanzaba grandísimas fuerzas; cuando miraba enojado, parecía que le salía fuego de los ojos; era súbito, valiente, determinado, enemigo de mentiras; trataba bien á sus criados, especialmente á aquellos que lo merecían; por poca ocasión tenía á un hombre preso veinte años, dándole allí de comer; cuando se enojaba, denostaba á los suyos, tratándolos mal de palabra; pero después de quitado el enojo le pesaba de lo que les había dicho, y les pedía perdon, diciendo: «que no era mas en su mano, y que la cólera le hacía perder los limites de la razon.» Era grande hombre á caballo; usaba siempre la brida, y parecía en la silla un peñasco firme; cada vez que montaba hacia al caballo temblar y orinar; entendía bien cualquiera suerte de freno; su vestido de monte era pardo y verde y morado; las botas que calzaba habían de ser blancas y abiertes, abrochadas con cordones; era larguísimo gastador, y tenía cuatro despensas de gran espendio, una en Vélez el Blanco, otra en Vélez el Rubio, otra en las Cuevas, y otra en Alhama; era muy sabio y discreto, estremado en burlas y veras; tenía de costumbre oír misa á la una del dia y á las doce, de suerte que los capellanes no le podían sufrir; comía una sola vez al dia, y aquella comida era tal, que bastaria para satisfa-

cer á cuatro hombres, por hambre que tuviesen; en la comida no bebía mas de una vez, mas aquella buena, de agua y de vino muy templado, y esto al acabar. Negociaba de noche, y así se iba á dormir cuando los otros se levantaban; andaba siempre con su capa cobijada á las espaldas, espada y daga ceñidas, y esto era también de noche. Por el día se ocupaba principalmente en tirar al blanco, ora con escopeta, ora con ballesta, y en cuerpo gentil; si era verano, siempre sin gorra, y si invierno con un sombrero de monte muy respunteado. Era gran justador y torante; desembarazaba con gran fuerza una caña, de manera que si daba en la adarga la aportillaba; muy amigo de llevar una pluma pequeña al lado, y parecía muy bien á caballo, de tal suerte, que se conociera entre cien hombres; tenía de espaldas mas hermoso ver que por delante, y cuando salía á pié en compañía de otros sobresalía entre todos; teniendo armados el cuello y cabeza parecía estremadamente bien. Entre mil hombres que se hallara, semejava ser señor de todos ellos por la gravedad de su persona y ahidalgado talle. Estando una vez en la marina acompañado de mucha gente de á caballo y de á pié, saltó en tierra el capitán de una galeota, y llegando adonde estaba el marqués, miró á todas partes, tanto á los de á pié como á los de á caballo; y aunque entre unos y otros habia hombres de mucha gravedad y buen aspecto, se fué al marqués, y le dijo: «tú eres el señor de toda esta gente,» de lo cual se maravillaban todos. Se halló muchas veces en escaramuzas y peleas con los turcos, y en la batalla de Porman alanceó por su mano á mas de cincuenta dellos; siempre tiraba el golpe de revés, y llevaba la lanza atada á la muñeca del brazo con un grueso cordón de seda verde; sus armas eran finisimas. Peleando una vez en Cartagena con los turcos, que vinieron sobre ella mas de dos mil, fué herido de un balazo en una espalda, quedando abollada el armadura y no pasada, por ser muy firme. La lanza que llevaba era tal, que un criado suyo haria harlo en llevarla al hombro, y el marqués la meneaba como si fuera un junco delgado. En la acción que decimos de Cartagena, un renegado le conoció en la batalla, y dijo en voz clara, que todos oyeron: «aquí está el marqués, no podemos saquear á Cartagena.» Era tanta la fama del marqués, que en el real palacio de Arjel le tenían pintado, armado con una lanza en la mano, y en la punta de la lanza clavada la cabeza de un turco; del mismo modo le tienen retratado en Constantinopla, y así lo está también en Cartagena en una sala de la casa de Nicolás Garri; finalmente, el marqués era gran señor y valeroso. Fué muy amigo de toda caza, y tenía muchos perros y aves de volatería; muy aficionado también á tener buenos caballos. Cuando habia de ir á monte aguardaba á que hiciese mal tiempo, como que nevase, lloviese, ó hiciese grandes aires; y esto por hacer á sus gentes robustas, como él lo era.

Volviendo ya pues á lo que hace mas al caso, que es seguir la historia de la guerra, recordaremos cómo el campo del valeroso Fajardo iba marchando con sus banderas tendidas la vuelta del rio de Almanzora, y que llevaba Lorca la vanguardia; Totana, Alhama y otros lugares llevaban la batalla, Caravaca, Cehegin y Mula con el marqués la retaguardia; y que al salir con gran concierto de los Vélez, un caballero, hijo bastardo del marqués, llevaba el estandarte, hasta que después le tomó Benavides, caballero principal. Llegó el marqués con su campo á la boca de Oria, que es un paso muy peligroso y estrecho; de allí pasó á Uleila de Purchena, y atravesando la sierra de Filabrés vino á parar á Tabernas, que es un lugar grande, á cuatro leguas de Almería; á los moros deste lugar los moros les habian hecho levantar por fuerza, y cuando el marqués llegó allí no pareció ninguno, antes todo el lugar estaba saqueado y medio quemado, y la iglesia destrozada y abrasada, que era cosa de grande compasión ver

tan brava ruina. Aquí tuvo el marqués noticia de que los moros habian hecho grande daño en Guécija, y quemado un rico convento de frailes agustinos, matando á todos los que estaban en él; de lo cual muy enojado partió al punto de Tabernas con ánimo de castigar á los que habian hecho aquella gran maldad; y llegando á Terque, que es un lugar cercano de Guécija, halló gran multitud de moros, los cuales así que supieron la venida del marqués se retiraron á Guécija, por estar cerca de la sierra, y determinaron aguardarle allí y hacerle resistencia. Luego que supo que los moros le esperaban, partió á Guécija para darles batalla, y puesto en órden su campo, fué marchando hasta llegar junto dellos; estos estaban formados en escuadrón, como mejor habian sabido ordenarse, y preparados á resistir. Ahora conviene dejarlos al tiempo de romper, para decir algo del marqués de Mondéjar, á quien dejamos próximo á dar batalla á los moros de las Albuñuelas; y antes, por no perder el estilo, diremos un romance de la salida del marqués de los Vélez á los rios de Almanzora y Almería.

Aprisa estaba leyendo
Una carta de rebato
El famoso don Luis,
Que ha por renombre Fajardo,
El que es marqués de los Vélez,
Y de Murcia adelantado;
De la ciudad de Almería
Le ha venido aquel recado,
Que el obispo se le envia:
«Luego saliese aprestado
Con sus armas y sus gentes,
Y lleve campo formado,
Atento que ya los moros
De todo aquel obispado
Se han levantado de guerra,
Y que hacen muy grande daño;
Y que abrasan las iglesias
Y despedazan los santos;
Y pues es fuerte caudillo
Y frontero del estado,
Reino granadino moro,
Que salga como esforzado
Y valiente capitán
A remediar tanto daño.»
La carta aun no habia leído
Cuando un correo le ha entrado
Que el gran Felipe le envia
Con otro nuevo mandado:
«Que salga contra los moros
Que se habian rebelado,
Luego el valiente marqués,
Con valor acostumbrado,
Convoca todas las gentes
De todo el reino murciano,
Que aprisa y con todas armas
Vengan donde está aguardando,
En la su villa de Vélez,
El que decian el Blanco.
Todo el reino se ha movido
A cumplir este mandato,
Y con deseo de guerra
Cada pueblo se ha alistado.
De Caravaca han salido
Bien cuatrocientos soldados,
Con ellos Juan de Leon
Por capitán señalado,
Y por sarjento mayor
Fué Andrés de Mora nombrado,
Por ser soldado y valiente,
En lo de Flandes hallado.
De Cehegin han salido
Otros dueientos soldados;
Su capitán es Carreño,
Hombre en guerras avisado.
Francisco de Melgarejo
De Mula salió alistado,
Fuerte villa del marqués,
Y la mejor del reinado.
Trescientos soldados lleva,
Todos ellos hijos-dalgo,
De su noble fundacion
Conocidos y nombrados.
Y de Totana salieron
Por un padron alistados
Dueientos hombres de guerra,
Y todos muy bien armados.
Juan de Mora es capitán
De este escuadrón tan preciado.
De Alhama salieron ciento
No menos aderezados;

CAPITULO V.

En que se pone un reencuentro que el marqués de Mondéjar tuvo con los moros de las Albuñuelas, y otras cosas que sucedieron; y cómo el Maleh dió un terrible asalto á los moriscos de Cantoria, y cómo los moriscos se defendieron.

Llevamos dicho en el capítulo tercero, que el marqués de Mondéjar salió con un crecido y lucido campo, adornado de valerosos capitanes, soldados andaluces, y espe-

Soldado es su capitán,
Pedro Cayuela nombrado.
De Murcia la noble y franca
Casi salió un grueso campo
De valerosos guerreros,
Lucidos y bien armados,
Con mas braveza que el sol
Cuando más hieren sus rayos;
Tres capitanes salieron
Caballeros esforzados.
Uno es Alonso Galtero,
De valor aventajado;
El otro es Nofre Ruiz,
Buen soldado y buen hidalgo.
El otro don Juan Pacheco,
Y aqueste era de á caballo,
Hombre de suerte y valor,
Que lleva de Santiago
La roja señal al pecho
De aquel famoso jagarto.
De Lorca salió una tropa
De un escuadrón esmerado
De mil hombres valerosos,
Y todos muy bien armados.
Seis valientes capitanes
Salieron en este campo;
Juan Quiñonero es el uno,
Del marqués muy allegado;
Es el otro Juan Mateo,
De Guevara intitulado.
Es Alonso del Castillo
El tercero en este grado.
Juan Felices Duque es otro,
Bien conocido y nombrado;
Hernán Pérez de Tudela
Es el quinto, buen hidalgo;
Es Adrian Leonés
El sexto que se ha contado.
Llamábase el del Alberca,
Porque la tenía al lado:
Todos estos con la gente
Salieron de muy buen grado.
Para servir al marqués,
Que los estaba aguardando,
De Murcia y demás lugares
Tres mil hombres se han juntado.
Con estos el buen marqués
Sale de Vélez el Blanco;
Mas al tiempo de salir
Murcia y Lorca se han trabado
Sobre llevar la vanguardia
En el campo concertado.
Y don Juan los apacigua,
Por ser maestro de campo,
Que este día vayan juntas
Las banderas que he contado
De Murcia y Lorca famosas;
Y está siendo averiguado,
Sale el campo, y nunca para
Hasta aquel río nombrado
Que le dicen de Almería,
Y que aquí hizo alto,
Porque en Guécija se hallan
Muchos moros aguardando,
Para darles la batalla
Al marqués y sus soldados.
El marqués pone sus tropas
Con gran concierto y cuidado,
Para romper con los moros,
Como oírse en otro cabo.

cialmente de una gallarda compañía de gente cordobesa, la cual llevaba por capitán á don Diego de Argote, caballero muy principal y de esclarecido linaje, descendiente de los antiguos romanos. Además deste llevaba el marqués otro capitán de singular valor, llamado don Luis Ponce de Leon, de la antigua casa de los duques de Arcos, cuya clara estirpe procedé de Leon de Francia. Esta ciudad tiene por armas un leon, en memoria de su fundador Faramundo, duque de Franconia, é hijo de Marco Miro, príncipe de Alemania. Los antepasados de los caballeros Ponces fueron reyes de Jérica, y señores de la casa de Villagarcía; las barras sangrientas de su escudo en campo de oro fueron ganadas por la punta de la lanza, y dadas por grandeza de la misma mano del rey de Aragon, bañadas en sangre del mismo Ponce, arrastrando la mano por el escudo dorado, y diciendo: «estas serán tus armas, ganadas con tanta gloria»; y dejó allí sobre el escudo dorado las señales de los cuatro dedos sangrientos. Así estos caballeros llevan su escudo hecho dos cuarteles; en el uno su antiguo blason del leon rapante, y en el otro las barras de Aragon rojas en campo de oro: blason por cierto de mucha nobleza.

Mas dejando aparte todo esto, que no corresponde á nuestra historia, diremos que el marqués, luego que llegó á las Albuñuelas, mandó echar un bando para que ninguno hiciese daño en los lugares ni á los moriscos, so graves penas; y hacia esto con el fin de llevar el caso adelante por bien, y no por mal. Pero los moros de todos aquellos contornos, escarmentados del mal notable que los cristianos les habian hecho, bajo el título de paces, no curaron sino de ponerse en defensa, y dieron con mucha braveza en los cristianos, haciendo mucho estrago. Viendo estos la resistencia de los moros, que era la cosa que ellos mas deseaban, sin aguardar órden del marqués, dieron en ellos valerosamente. El moro Gironcillo, valeroso capitán, mató á mas de treinta soldados del marqués; de lo cual muy indignados los cristianos apellidaban *Santiago* con mayor abinco, y hacian mucho daño en los moros. Pero Gironcillo no disparaba tiro de que no matase hombre, porque era grandísimo tirador de escopeta, habiéndola usado mucho tiempo siendo monteró del marqués; y si toda la gente morisca fuera como él, y tuviera las armas que él tenía, no quedara un hombre vivo de la parte contraria. El bravo Zarrea, viéndose empleado en esta ocasion que tanto deseaba, hacia maravillas contra los cristianos; y viendo los moros andar tan bravos á estos dos capitanes suyos, peleaban desesperadamente, unos con arcabuces, otros con ballestas fuertísimas de palo, y otros con otras hechas de hierro; otros á pedradas con crueles y crujidoras hondas, soltándolas con tanta violencia, que do quiera que alcanzasen hacian mucho daño; otros arrojaban agudos y amolados gorgueces, otros desgalgaban grandísimos peñascos; y no eran solo los moros los que hacian esta cruel defensa, sino que las mujeres tiraban también gran cantidad de piedras, y hacian gran daño en las banderas cristianas.

De otra parte los cristianos iban arcabuceando y matando á muchos moros: los unos decían *Santiago*, los otros *Mahoma*, *Mahoma*, *libertad*, *libertad*; y así anduvo la batalla por grande espacio de tiempo reñida, de tal forma que, si los moros se hallaran armados, el marqués y su gente corrian gran peligro. Mas como en esta parte los cristianos les llevaban gran ventaja, y estaban deseosos de acometer aquella empresa, entraron bravamente sin aguardar órden de sus capitanes; y viendo los moros tanta gente tan bien armada dar contra ellos gritando *Santiago* y *cierra España*, no osaron aguardar aquella sangrienta furia, y desamparando la batalla, se fueron á todo huir la vuelta de las Guajaras, que eran lugares fuertes, dejándose las Albuñuelas desamparadas, y dando ocasion á que los cristianos se detuvieran allí el tiempo que quisieran sa-

queándolas. Hicieronlo sin embargo á despecho del marqués, y tomaron cautivas á muchas moriscas, mozas y niñas. Retirándose los moros, y pasando la puente de Tablate, muy antigua y nombrada, la rompieron y hundieron para que los cristianos no pudiesen pasar adelante. El marqués permaneció en las Albuñuelas dos dias, aguardando que los moros vinieran con algun mensaje de paz; lo cual no hicieron, antes por el contrario redoblaron sus escuadrones en las Guajaras, y se fortalecieron bravamente. Luego que lo supo movió su campo, y llegando al puente de Tablate, como ya le halló roto, le pesó mucho, y mandando hacer alto, dió órden de repararle para facilitar el paso, porque no habia otro mas que aquel, entre las alturas y fragosidad de las sierras, que de una y otra parte levantadas dejaban una profunda rambla, por la que forzosamente se habia de pasar.

Ahora dejaremos aquí al marqués y á su campo dando órdenes para allanar este paso, y hablaremos del reyecillo, que estaba muy acompañado de gente de guerra, toda valerosa. Sabiendo este que el marqués de Mondéjar habia llegado á las Albuñuelas, y que habia tenido aquel reencuentro con su gente, la cual se habia retirado á las Guajaras, punto fortificado por la naturaleza, mandó al capitán Zarrea que se mantuviese allí firme, y para mayor seguridad de aquel presidio envió cien turcos y mas de mil monfis, todos bien aderezados de armas. Hecho esto así, é informado de que el marqués de los Vélez habia salido de sus tierras y estaba en Terque próximo á dar batalla á los del rio de Almería, al punto despachó al capitán Maleh, quien con mil soldados de los suyos diése en Cantoria y la tomase, forzando á los moriscos de allí á levantarse, así como también á los de Oria, el Box, Pataloba y todos los demás lugares del marqués.

El valeroso Maleh se puso luego en camino á la vuelta de Cantoria, y tomando en Purchena mucha gente armada, llegó á dicha villa, y no quiso darla combate, sino procurar antes por buenas palabras que se levantase. Los de Cantoria, teniendo aviso de la venida del Maleh, cerraron las puertas, y estaban bien apercebidos, con designio de mantenerse firmes y leales al rey y al marqués, su señor. Llegó el Maleh con todo su campo, y alojado muy cerca de la villa, él con otros quince soldados se arrimaron á la muralla, llevando en la punta de la lanza una bandera blanca en señal de paz. Dos hombres principales de Cantoria que habian sido nombrados capitanes por su valor, puestos de pechos encima de la muralla con otra bandera blanca, preguntaron al Maleh, qué buscaba, ó qué queria de Cantoria. Este, conociendo muy bien á los dos capitanes, llamado el uno Avenaix y el otro Almozaban, varones de mucho valor y cuerdos, les habló desta manera:

«Avenaix valiente, fuerte y grave, de esclarecida sangre producido; y tú, Almozaban, deudo de Mahoma, de Fátima su hija descendiente, como demuestran claros documentos, estad atentos bien á lo que digo, pues dello alcanzareis inmensa gloria y dulce libertad para vuestra patria. Muy bien sabeis, varones esforzados, las causas principales de la guerra del reino granadino y de sus gentes contra los cristianos, por los agravios, demasias y males que nos causaban, haciéndonos pagar mil tributos injustamente, y no contentos con esto quitándonos las armas, imponiéndonos gravísimas penas en caso que las hallasen dentro de nuestras casas y pueblos, vedándonos tener caballos y esclavos de que nos podamos servir, y asimismo privándonos de nuestro traje y propia lengua, cosa por cierto dura é insufrible. Y así queriendo Alá sacarnos de tanto ahogo, provocó á todo el reino granadino la indignacion que muestra contra el injusto y bárbaro bando cristiano, para que defienda con las armas lo que es tan justa razon que se defienda. Ya tenemos de Arjel buen socorro, y esperanzas de otro mayor, que el Gran Señor nos enviará pronto; de modo que con esto, y poniéndonos

todo el reino sobre las armas, como ya lo está, á excepción de los lugares de Fajardo que se mantienen temerosos de su señor, podremos sojuzgar á toda España, poniéndola debajo de nuestras leyes. Así para este fin el rey me envía ahora á aquesta vuestra villa, y que os dijese obedezcais luego sus provisiones, deis favor y ayuda á sus banderas, y os mostréis buenos vasallos suyos estando en su gracia; por lo que os promete hacer mercedes grandes, como es justo se hagan á los pueblos que le siguen; y donde no, amenazaros con el castigo que sería luego sobre vosotros, viniendo á derribar vuestras murallas con fuego cruel, y haciéndoos pasar por cruda muerte. A esto soy venido, y holgaria, valiente Avenaix, que de buen grado hicierais lo que el rey manda, pues ofrece mercedes y amistad con ruego humilde.»

Aquesto dijo el capitán Maleh á aquellos dos valientes capitanes que estaban en los muros de Cantoria, y aguardó la respuesta de su parte, poniendo allí en su habla gran silencio. El buen Avenaix estuvo muy atento á todo cuanto el Maleh había dicho, y se maravilló de su decir y de su venida en aquel caso; pero como hombre de mucho valor, que tenía prometido ser fiel y leal al rey Felipe y á su señor el marqués, no haciéndoles traición sino antes morir, respondió al Maleh de aquesta suerte:

«Muy atento he estado, Maleh, á todo cuanto has dicho, y me maravillo mucho del grande yerro en que estais tú y los demás, que tan lijeramente seguís una guerra tan injusta y difícil, sin cimiento alguno en que apoyaros. ¿Por ventura pensais que el rey de Castilla y de España no tiene bastante potencia para humillar las flacas banderas que inconsideradamente levantais contra él; y entendeis que aunque el Gran Turco viniera, como decís, con todo su poder, prevalecería contra el gran valor suyo y el de sus españoles? ¿No considerais, desventurados de vosotros, que el rey Felipe de España tiene ya sojuzgado todo lo mejor y mas florido del mundo, y que no han sido parte las remotas Indias con estar tan apartadas y ocultas para impedir que las sujetase? ¿No sabeis que tiene puesta á toda Italia debajo de sus piés, y que aun dentro de la fertilísima Africa y el mar Libico, tiene presidios respetables y castillos fuertes, á pesar del Gran Turco y de toda la morisma? Pues si esto es así, ¿cómo vosotros y ese reyecillo que te envía pensais prevalecer contra un poder tan grande como el de Felipe, no teniendo otras fuerzas que las nevadas sierras y las oscuras cuevas de que os pensais valer? Muy errados y perdidos vais fuera de toda luz: peleais por libertad, y dais en mayor cautiverio; andais perdidos por las sierras, arrastrando á vuestras mujeres é hijos, muertos de hambre y sujetos al frío, y al fin puestos en manos de los turcos que os hacen mil deshonras, y las teneis que sufrir porque no os desamparen; y al cabo ellos y vosotros acabareis de infame muerte, y los que sobrevivian cautivos, y sus haciendas perdidas. Me duelo de los hijos pequeños que se han de ver sin madres; me duelo de las madres que han de verse sin hijos y sin maridos, y me duelo de vosotros que os habeis de ver sin hijos y mujeres, y sin bienes, repartidos y desterrados por ajenas tierras y provincias. ¿Cuántas lágrimas han de ser derramadas por la gente granadina! Las madres han de decir: ¡ay, hijos míos! y los hijos dirán: ¡ay, madre mía! ¿Cuántas veces volvereis los ojos acia vuestras tierras, y no viéndolas esclamaréis suspirando: ¡ay Dios, ay tierras mías! ¿Cuántas veces habeis de echar menos vuestras casas, vuestras haciendas, tantas frescuras, tan dulces aguas, tan abundantes frutas, tanta perla, tanto aljófár, y tanta riqueza! ¿Cuántas veces habeis de echar menos vuestras casas, vuestras haciendas, tantas frescuras, tan dulces aguas, tan abundantes frutas, tanta perla, tanto aljófár, y tanta riqueza! ¿Cuántas veces habeis de echar menos vuestras casas, vuestras haciendas, tantas frescuras, tan dulces aguas, tan abundantes frutas, tanta perla, tanto aljófár, y tanta riqueza! Pero de lo que mas me duelo es, de que hayais dejado la fe de Cristo, y habeis cometido con vuestras manos mil sacrilegios, robando injustamente las ropas y ornamentos de las iglesias, sus vajillas de plata y oro, y hecho pedazos las campanas; todo

lo cual ha de ser parte para que Dios os dé crueles castigos, enviando cristianos que venguen ofensas tuyas tan grandes. Vete, Maleh, y dile al rey que esta tierra no es para él, ni della tenga esperanza; dile lo que llevo dicho, y que hará mejor de allanarse y pedir perdón al rey, que no seguir sin provecho ni esperanza una guerra tan injusta; y si no te quieres ir, haz lo que quisieres; si quieres batalla te la daremos, y si no tenerla, está en tu mano para que escojas lo que mas te cumpla, que para todo nos hallarás dispuestos.»

Esto respondió el buen capitán Avenaix al Maleh, quien habiéndolo oído se retiró afuera, y quitando la bandera blanca de la lanza, le dijo: «ahora verás, capitán de Cantoria, lo que pienso hacer, pues mala cuenta daría yo al rey si no hiciera lo que me ha mandado.» Con esto se llegó á su gente, y poniéndola en orden, mandó que Cantoria fuese combatida por tres partes, como luego se hizo, con tanta valentía y estruendo que parecía hundirse el mundo. Los sitiadores y los sitiados estaban todos muy bien armados; y así desde el principio se mostró la batalla sangrienta, habiendo de entrambas partes muchos heridos, aunque mayor número de la del Maleh, porque los de Cantoria herian á su salvo, estando tras de las almenas y tirando por saeteras: llovía tanta piedra sobre los del Maleh que era cosa de maravillar, y el ruido del combate era tal que se oía en Purchena y en todos los lugares de aquel río. Bien quisieran los cristianos de la fuerza de Oria salir al socorro de Cantoria, discurriendo lo que aquello podía ser, y aun teniendo luego aviso de lo que pasaba; pero dejaron de hacerlo por temor de que se levantasen los moriscos, y también porque no quedase sin guarnición la fuerza de Oria y á peligro de perderse. Tres veces se retiró el Maleh con su gente maltratado, y otras tantas tornó á acometer por salir con su porfia; mas era inútil su afán, que mientras mas combatía, mayor resistencia hallaba en los de Cantoria. El punto adonde mas se acercaba el Maleh era la puerta principal de la villa, porque ganada esta todo estaba llano, y por lo mismo acudía allí la mayor defensa y resistencia del lugar: deste punto estaban encargados muchos cristianos viejos, vecinos de la villa, que le defendían con sus armas muy valerosamente, y hacían á los moros notable daño.

Entre estos cristianos había allí uno anciano, hidalgo, llamado Fernando de Almodóvar, hombre valeroso. Era descendiente de los Almodóvars de Murcia, y deudo de ellos muy cercano; y aunque él, su padre y abuelo fueron casados con cristianas nuevas, no por eso perdieron su nobleza ni el uso de llevar sus armas, siendo cristianos viejos, conocidos por tales. Este Almodóvar pues y otros once cristianos hicieron maravillas en esta batalla contra el bando del Maleh; y ya que hemos nombrado al don Fernando, será justo también no dejar en olvido á los demás cristianos viejos que se hallaron con él, pues no con menos valor defendieron la villa de Cantoria. Eston fueron el beneficiado Gomez, el beneficiado Juan Maesso y dos sobrinos suyos, Francisco Sanchez, Bartolomé Garcia, Francisco Lozano, Pedro de Tortosa, hijo del alcaide de Oria, Francisco de Caicedo, Luis de Cárdenas, Pedro de Valquenenda, de Cartagena, y Pedro Martinez, de Cartagena: todos hombres de mucho valor, y que así lo demostraron en este día. Verdad es que los de Cantoria no estaban tan bien armados como los del Maleh; mas con todo eso este quedó muy maltratado por las piedras y otras armas arrojadas que llovieron sobre su gente; y como viese que era vana su pretension, mandó tocar la retirada, y alzando banderas de paz se llegó él mismo á la muralla pidiendo que le diesen ciertas moriscas que había enviado allí el marqués de Velez, y ofreciendo que se iría sin combatir mas la fortaleza. Los de Cantoria por no ser combatidos y puestos en necesidad, sabiendo que si el Maleh insistía allí muchos días habían de pasarlo mal, acordaron

de darle las moriscas que pedía. Estas las hubo el marqués de Velez así como llegó á Terque, antes de dar la batalla en Guecija, porque muchos soldados derramados sin orden entraron en algunos lugares, los saquearon, y se las trajeron; pero el general se las quitó y las envió á Cantoria para que estuviesen allí guardadas. El Maleh, recogidas las moras, se retiró inmediatamente en aquella noche.

Los de Oria, que se mantenían dudosos sobre acudir con socorro á sus amigos de Cantoria, se decidieron á hacerlo poniéndoles ánimo don Luis Fajardo, hijo bastardo del marqués de Velez, aunque muchacho de doce á trece años; y así, dejando á buen recaudo la fuerza, salieron lo mejor armados que pudieron, y andando toda la noche llegaron á la villa de Cantoria al amanecer. Pensaban hallar allí al enemigo, y cuando vieron que ya se había retirado, entraron en la villa maravillados de la brava resistencia que había hecho, y del gran número de muertos que dejaba el enemigo tendidos por aquellos campos. Pasado allí el día, los de Oria recelando que el Maleh fuese á su pueblo y le levantase, se volvieron allí en la misma noche; pero aquel al ver que Cantoria se había defendido tan valerosamente, muy enojado de su desaire, dió contra los lugares del marqués, y los hizo levantar por fuerza. Estos eran Partolaba, el Box, Alboreas, Alvánchez, Yumuitini, Venitagla y otros cercanos. Sabiendo luego el Maleh que los de Oria habían acudido al socorro de Cantoria, indignado dello se puso sobre la villa con diez mil moros bien armados, la tuvo muchos días cercada, y les quitó el agua, interceptando el uso de una fuente que está cerca de la población. Los de Oria enviaron á pedir socorro á Lorca, y esta ciudad le envió al instante, juntándose con el que también envió Huéscar.

El Maleh, luego que tuvo noticia del socorro, levantó el sitio y se fué á Purchena, que era su presidio. Oria sacó gran partido de unas piezas de campaña que estaban en la fortaleza, pues con ellas hizo mucho mal al Maleh y á su gente; el cual escribió al reyecillo todo lo que pasaba así como llegó á Purchena. El reyecillo le respondió que se rehiciera con mas gente para tornar sobre Cantoria, y no levantar el cerco hasta tomarla. Con noticia desto los vecinos de aquella villa enviaron á pedir socorro á Velez el Blanco, á Lorca y á Vera; pero como Lorca estaba des poblada por tener toda su gente en la guerra, no pudo prestarle, y los de Vera, habiendo oído que el reyecillo quería ir sobre ellos, tampoco osaron enviarle. De Velez no había quien fuese, y así convino á los cristianos de Cantoria abandonar el puesto y marcharse á otra parte, esperando lo que el tiempo proveyese. No pasó mucho sin que el Maleh volviera á presentarse allí con mas de diez mil hombres; y viendo los de Cantoria el gran poder que traía, y que no podían ser socorridos de los cristianos, determinaron entregarse; lo cual sintió mucho el marqués de Velez sabiendo el daño que de allí podía venir á los cristianos de todas aquellas cercanías. Por esto que hizo el Maleh en la toma de Cantoria se compuso el siguiente romance:

Con tres diversas banderas
De Purchena se ha salido
El valeroso Maleh
Llevando un campo crecido.
La una bandera es roja,
Y la otra de amarillo;
La otra es azul y blanca,
Pintado en ella un castillo.
La vuelta va de Cantoria,
Que lo manda el reyecillo.
Y obedécele el Maleh
Como á su rey y caudillo.
Cantoria cuando lo sabe
Se apercebe á resistirlo.
Llegado había el Maleh,
Y por bien ha pretendido
Que se le entregue la villa,
Y no puede conseguirlo,
Que el valiente Avenaix
Lugar no dió á tal partido.
El Maleh con grande enojo
Viéndose así despedido,
Mandó combatir la fuerza

Con gran furor y ruido.
Por tres partes le acomete
Con braveza y alarido;
Mas defiéndese Cantoria
Con esfuerzo muy crecido.
Muchos matan del Maleh,
Y otros muchos le han herido;
Le conviene retirarse
Por no verse allí perdido.
Tres veces le diera asalto,
Mas siempre fué resistido.
Con gran pesar el Maleh
Se retira aborrecido.
Pide le den las mujeres
Que el marqués allí ha traído.
Y les quitará aquel cerco
Con que los tiene oprimidos.
Los de Cantoria las dan
Por no ser mas aligidos;
Y el Maleh se parte luego
Muy enojado y corrido,
Por no salir con su intento,
Y á lo que había venido.

Los cristianos con temor
De Cantoria se han salido.
Los demás piden socorro,
Mas nunca les fué venido.
El Maleh se pasó á Oria,
Y muy poco le ha valido,
Porque la vino de Lorca
Un socorro muy lucido.
El Maleh se ha retirado,
Y al reyecillo ha escrito
Lo que le pasó en Cantoria,

Y lo poco que ha podido.
El reyecillo le manda
Que con campo mas cumplido
Revuelva sobre Cantoria,
Y cumpla lo prometido.
Mucho tiempo no pasó
Que Cantoria no se vido
Del Maleh otra vez cercada
Con poder engrandecido.
Cantoria se entrega luego,
Que socorro no ha tenido.

CAPITULO VI.

En que se pone un reencuentro que el marqués de Velez tuvo con los moros de Guecija, y lo demás que pasó.

Ya dijimos cómo el valeroso Fajardo, marqués de Velez, llevó su campo al río de Almería, y tomó un lugar llamado Santa Cruz, muy cercano de otro abundantísimo de todo, llamado Guecija. En Santa Cruz se detuvo un día y una noche para tomar lenguas de lo que pasaba por aquella tierra; en este tiempo algunos soldados codiciosos de robar salieron sin orden á los pueblos comarcanos, y cumplido su designio en algunos dellos, tomaron muchas moras; pero no pudieron hacerlo tan de secreto, que no lo supiese el marqués, quien les quitó las moras con todo lo demás que habían robado, y mandó que á estas las llevaran con escolta á la fuerza de Cantoria, y allí las custodiasen, como atrás hemos ya dicho. Sabiendo pues el marqués que en Guecija estaban aguardándole mas de diez mil moros, mandó que el campo se moviese acia allá. Los moros estaban en lo alto, y luego que vieron que los cristianos principiaban á subir, les acometieron dando grandes alaridos. En este día las banderas de Lorca llevaban la vanguardia, y se trabaron valerosamente en cruda batalla con los moros; estos eran muchos, y aunque no muy bien armados, defendían la subida de aquellos olivares con tanto denuedo, que las banderas de Lorca no podían vencerlas sin mucho trabajo. Tampoco la caballería podía subir, porque los moros tenían atajados todos aquellos pasos y caminos con muchas empalizadas y fajas hechas de ramas de olivo y otros árboles, y además desto habían soltado una grande acequia de agua que cubría toda la huerta; de forma que caballeros y peones andaban con esto muy embarazados, y no podían obrar á su voluntad. Como los moros sabían los pasos y veredas, sacaban gran partido tirando piedras con hondas y otras armas arrojadas, supliendo la escasez de arcabuces que espermentaban; y así con pocas y débiles armas llovian moros por todas partes haciendo gran resistencia.

Visto esto por el marqués, mandó salir á las banderas de Caravaca y Cehegin que iban de batalla, y movieron á toda prisa, llevando gran ruido de arcabuceria. Sin embargo, siendo los moros mas de diez mil, y todos deseosos de pelear, parecía que el diablo les ayudaba, pues por mas descargas que hacían contra ellos los cristianos, apenas derribaban á ninguno muerto: desta manera iban los cristianos ganando la costa poco á poco, y á proporcion los moros retirándose, y peleando maravillosamente. Era tanta la humareda de la pólvora, que no se veían los unos á los otros, especialmente en aquella huerta; y conociendo el marqués que la batalla andaba confusa y se dilataba la subida; receloso de que el reyecillo tuviera lugar para acudir con mas de quince mil hombres que le acompañaban, mandó dar el *Santiago* general, al cual luego correspondieron Lorca, Totana, Alhama y todas las demás banderas y comenzaron á subir á los olivares por donde cada uno mejor podía. Muchos soldados acudieron á abrir paso por los caminos interceptados, y deshaciendo las trincheras que los moros habían hecho, lograron que los caballos pudieran subir hasta la altura mayor del olivar. Como vieron los moros todo aquel tropel del campo del marqués puesto en movimiento, y apellidando *Santiago*, se retiraron al lugar, peleando siempre como valientes; pero las banderas de Lorca se dieron tanta prisa, que no les dejaron tiempo para poder parar allí, ni hacer resistencia; y

reconociendo que no podían defender el lugar ni las mujeres, se retiraron mas adelante por la vuelta de la sierra que estaba cerca. En este tiempo las banderas de Caravaca llegaron con tanta fuerza y presteza, que los moros principiaron a huir, y los caballos iban en su seguimiento hiriendo y matando a muchos dellos. Llegando los moros a la sierra, ya no pudo la caballería seguir el alcance; mas la infantería los persiguió, haciendo mayor destrozo, aunque los moros peleaban como leones. Duró esta batalla hasta muy tarde, que el marqués mandó tocar a recoger, así a la caballería como a la infantería; luego fué saqueado el lugar, aunque contra la voluntad del marqués. Se hizo grande presa, principalmente de mujeres moras y de muchachos, de lo cual don Juan Fajardo, hermano del marqués, que iba por maese de campo, llenó bien las manos, quitándoseles a los soldados aquello que con tanto peligro habían ganado. Tenían concertado de antes que las moras y la presa que se tomase debería repartirse entre la gente de guerra; mas el marqués no lo hizo así, sino que mandó luego juntar a todas las moras y muchachos, y que se los llevasen con escolta a los Vélez, a la villa de Mula y a Cantoria, para que allí los custodiasen, sin darles nada desto a los soldados de su ejército: lo cual causó en ellos tanta cólera y enojo, que juraron todos que de allí adelante no habían de dejar vivo moro ni mora, muchacho ó niño que pillaran, y que todo lo habían de llevar a fuego y sangre, como en efecto lo cumplieron, según diremos mas adelante.

Los moros, muy lastimados de hallarse metidos en la sierra, sin haber podido defender a Guecija, se reunieron en Felix, que estaba cerca de la mar, y allí había junta la gente de cuatro ó cinco lugares, con muchas moras, muchachos y niños, y todos determinaron aguardar al marqués en aquel punto para darle la batalla. Mas ¿qué les valia á estos miserables su grande ánimo, no teniendo armas, cuando el marqués contaba en su campo siete mil hombres de pelea, tiradores todos y muy bien armados, y cuando cada día entraba en su real gente nueva de socorro? En este tiempo don Garcia, general de Almería, sabiendo que el marqués de Vélez había vencido á los moros de Guecija, y tomádoles gran presa, determinó ir á Felix para presentar la batalla á toda la morisma que estaba allí junta; y así dejando buena custodia en la ciudad, salió della con unos quinientos hombres muy bien armados, y alguna caballería, llevando consigo un capitán llamado Villaroel, hombre valeroso y buen soldado. Luego que llegaron á Felix se prepararon para presentar batalla á los moros; pero estos no les dieron lugar, mirándolos con desprecio, y se principió una escaramuza muy recia. Reconociendo don Garcia que los enemigos eran muchos y que nada podía ganar con ellos, mandó tocar la retirada, y partió luego de Felix con buen orden la vuelta de Guecija, para verse con el marqués y darle cuenta de la numerosa morisma que estaba allí junta. Como los moros de Felix vieron que los de Almería se retiraban y tomaban la vuelta de Guecija, no quisieron seguirlos por recelo de alguna emboscada, y se mantuvieron quietos aguardando que llegase el campo del marqués. Este estuvo en Guecija algunos días, recibiendo mucha gente armada que acudia á su socorro, y esperando cierta orden de su Majestad. Entre tanto salía su tropa y hacia grandes correrías por los lugares del rio, robando y talando como tenía de costumbre; de lo cual se indignó mucho el marqués, y así mandó echar un bando para que ningún soldado saliese del real, so pena de la vida. Muchos hubo también que salieron y no volvieron, los unos porque los moros los mataban, y los otros porque cargados de lo que hallaban, se restituían á Lorca, atravesando con muchísimo peligro tierras de enemigos. Noticioso dello el marqués, dió aviso de lo que pasaba á las justicias de Lorca y Murcia, previniéndoles que castigaran con rigor á los soldados que así se fuesen, y

los obligasen á volver al campo. Las justicias cumplieron exactamente estas órdenes, y por eso temían ya muchos dejar las banderas, y se mantenían en el real, que juntaba al pié de ocho mil hombres no mal armados.

A esta sazón ocurrió que el capitán negro Farax con cien moros principió á hacer gran daño en la tierra de Lorca, matando y cautivando mucha gente por los campos y caminos; y luego que Cantoria quedó por el Maleh entraba con mas seguridad en tierra de cristianos, haciéndose muy nombrado y temido; tanto que desde Vera no se podía ir á Lorca sin escolta, siendo este camino muy necesario. Este Farax tenía su presidio en Curgena, mas abajo de Cantoria, y casi junto al rio de las Cuevas, y había escogido aquel punto por estar mas cerca de tierra de cristianos, y poder hacerles desde allí con mas presteza todo el daño imaginable. Entró muy atrevidamente en el campo de Lorca, y le corrió por aquella parte de la rambla Nogalte, donde se llama el Esparragal, y allí apresó á unos pastores con mucho ganado, siendo alrededor de las nueve de la noche cuando hizo este salto; mas un pastor mozo, ligero corredor, se escapó, y en hora y media corrió tres leguas hasta Lorca, donde dió el rebato; y habiéndose tocado al arma se juntaron unos treinta caballeros y sesenta peones bien armados, que anduvieron lo restante de la noche, y al romper del alba descubrieron á los moros que se llevaban la presa. No pararon de correr, y los fueron á alcanzar en los olivares de Overa, donde se la quitaron á lanzadas y arcabuzazos. Los moros huyeron y no pararon hasta Curgena, que era su presidio; pero los de Lorca no osaron pasar mas adelante, por no entrar en tierra de enemigos donde podrían correr gran peligro. En este día los de Lorca mataron á lanzadas á dos vaqueros ó pastores cristianos, pensando que eran moros. Salieron á correr este rebato el regidor Martin de Leon, Luis Ponce de Guevara, Martin de Lorita, alférez mayor de Lorca, Adrián Leonés de Guevara, y otros muchos hidalgos de la ciudad, hombres de gran valor. Nunca se dió rebato con mayor diligencia, ni que tan buen efecto tuviese como este que hemos contado.

El capitán negro Farax, enojado y corrido porque los de Lorca le habían quitado la presa y maltratado su gente, volvió á juntar su compañía, y con osadía diabólica, habiendo salido de Curgena, y atravesando el campo de Güerrea, llegó al puerto de Lorca, donde había unas eras llenas de mies de trigo y cebada, con muchas parvas trilladas y por trillar, y todo lo quemó el malvado; entre las parvas había durmiendo algunos hombres, que fueron allí quemados. Luego partió con su gente, y tomando por una rambla abajo, que se dice Guazamara, llegó á la fuente de Pulpi, y estuvo allí algunos días aguardando gente que transitara de Vera á Lorca; y no tardó mucho en pasar una escolta que venía de Vera y de otros lugares de moros, de hacer los robos y violencias que acostumbraban: los tales soldados venían con mucho descuido, y muy distantes de pensar que hubiese peligro, entendiendo que todos los moros andaban muy ocupados en la guerra por las Alpujarras, y llevaban las armas puestas sobre los bagajes; mas así que llegaron á la fuente del Pulpi, el malvado Farax con su escuadrón les salió al encuentro entre aquellos espesos lentiscos, y principió la matanza con gran grita. Los cristianos, que serían unos sesenta, quisieron tomar las armas para defenderse y ofender á sus enemigos; mas estos no les dieron tanto lugar, antes apretando contra la mal apercebida escolta, mataron á la mayor parte dellos, salvándose solamente los que desamparando el bagaje pudieron huir, unos acia Vera, y otros la vuelta de Lorca. Allí mataron los moros á un fraile mocito, de nuestra Señora de la Merced, llamado fray Juan Tiruel, cuya muerte fué muy llorada en Lorca, por ser él de allí natural. Este frailecico venía de Vera de comprar algunas cosas para su convento, así como eran pasas, higos y almendras, que ven-

dian los soldados de aquello que hallaban en los lugares de los moros levantados; pues había hombres que hasta los gatos se traían, las calderas, cedazos, artesas, aspas, devanaderas, cencerros, asadores y otras bajezas semejantes, todo esto por no perder el uso de hurtar. No digo aquí señaladamente quiénes lo hacían, porque en comun todos eran ladrones; y yo el primero; así es, que estas desordenadas codicias fueron causa posterior de muchas muertes de cristianos, como diremos mas adelante.

Habiendo hecho este daño, el capitán negro se retiró á toda priesa por la rambla de Guazamara arriba, habiendo visto venir cierta gente de á caballo y pensando que era mucha; que si no es por esto, se llevara todos los bagajes con lo que allí traían. Los de á caballo serían unos seis escuderos de Vera, que así que llegaron allí, y vieron aquel destrozo de hombres muertos, y entre ellos al pobre fraile, se apartaron del camino y comenzaron á dar voces á muchos de los que venían con la escolta, y andaban huyendo por aquellos atochares, hasta hacerles cobrar ánimo; y luego que se juntaron hasta unos treinta, volvieron á recoger los bagajes, y se fueron á Lorca, dando aviso de lo que había pasado. Esto hizo el capitán negro Farax, hombre valiente, pero que no pudo alabarse dello mucho tiempo, porque en aquella misma parte fué desbaratado y muerto él con mas de sesenta de los suyos por la gente de Lorca y Vera. Ahora conviene que volvamos al marqués de Mondéjar, á quien dejamos con todo su campo junto á la puente rota de Tablate; y por lo que hemos dicho en el capítulo pasado, se hizo el siguiente romance:

El de las verdes ortigas,
En campo de oro estampadas,
Sus banderas ya tendidas,
Ordenadas sus escuadras,
A los de Guecija moros
Darles quiere la batalla;
La noble gente de Lorca
Le cupo ir en vanguardia;
De batalla Cehegin,
Con el los de Caravaca;
De retaguardia va el fuerte
Con los de Albama y Totana;
Y mucha caballería
De valor aventajada,
Porque esté seguro el campo
Con tan firme retaguardia;
Pues el marqués se recela
De alguna mora emboscada.
Las trompetas suenan luego
Y los pifanos y cajas;
Los de Lorca van subiendo
Una cuesta muy poblada
De unos grandes olivares
Donde están mil alboradas,
Hechas de tierra y fagina
De muchas ramas cortadas.
Estas trincheras hicieron
Los moros fortificadas,
Porque la caballería
No les pueda hacer nada.
También impiden los pasos
Llenando la huerta de agua;
Mas la gente es belicosa;
Luego traban la batalla.
Muy revuelta y muy reñida,
La mora y cristiana escuadras.
Los moros hacen defensa
Con braveza no pensada;
Mas con todo los de Lorca
Les van ganando la entrada.
Aunque no con demasia
Por la defensa doblada.
Que allí ponían los moros
Defendiendo bien su plaza.
Lo cual mirando el marqués,
En el punto luego manda
Que salgan con gran presteza
Las banderas de batalla,
Que eran las de Cehegin,
Y con ellas Caravaca.
El salto se renueva,
Cristianos van de ventaja,
Los moros suben arriba;
Adonde Guecija estaba;
Por defender el lugar

Bravamente peleaban.
El marqués manda de presto
Que salga la retaguardia,
Y apelliden Santiago,
Y arremetan con pujanza,
La retaguardia salió,
Y el marqués en su compañía
Los cristianos iban juntos,
Sus banderas van mezcladas.
A los moros les convino
Retirarse de la plaza,
Y volver acia la sierra,
Que allí de Gádor se llama.
Toda la caballería
Los sigue con furia brava;
Muchos moros alancean,
Muchos pasan por la espada.
Mas metidos en la sierra,
Ningun caballo pasaba;
Si pasaban los infantes
Sin tener estorbo en nada.
Con esto la tarde vino,
Que ya el sol no se mostraba;
Que toquen á recoger
El fuerte marqués mandara.
Al punto la caja tocan,
Suena al punto la bastarda:
La señal del recoger
Cualquier soldado la guarda.
A sus banderas se vuelven,
Que ya estaban alojadas;
El lugar se ha saqueado;
Gánase gran cabalgada.
De muchas bellas moriscas,
Ropas de seda labradas,
Muchos oros, mucha aljófar,
Muchas perlas estimadas.
Las moras tomó el marqués,
A nadie no le dió nada;
El campo todo se enoja,
Porque aquella cabalgada
No la repartió el marqués
Como estaba publicada.
Todos los soldados juran
En la cruz de las espadas
De no dejar cosa viva
En otra cualquier jornada.
En esto el fuerte Farax,
Negro capitán de fama,
Con muy gallarda osadía
Hizo dos grandes entradas
En esos campos de Lorca,
Con las cuales cobró fama.
A Tablate nos volvamos
A do el de Tendilla aguarda.

CAPITULO VII.

En que se pone una peligrosa batalla que el marqués de Mondéjar tuvo con los moros en las Guajarras, y la muerte del valeroso don Luis Ponce de Leon.

Ya hemos dicho en los capítulos pasados cómo el marqués de Mondéjar con su campo lucido y gallardo fué en

seguimiento de los moros, hasta llegar al puente de Tablate, que estos habían roto y hundido para que los cristianos no los siguiesen. Este puente de Tablate era paso forzoso para ir á las Alpujarras, y estaba plantado en la angostura muy grande de una rambla, cuyo hondo espartaba, y los moradores le habían hecho allí por no rodear una gran parte de tierra. Viendo el marqués impedido aquel paso, mandó que á toda diligencia se reparase el puente, y al punto la gente de su campo puso manos á la obra; pero cuando ya llevaban hecho un pedazo, y aunque con mucho trabajo se podía pasar, al quererlo hacer se lo estorbó el reyecillo, llegando al mismo punto con mas de seis mil bien aderezados moros, y entre ellos los turcos de Arjel, los cuales bajando á la hondura, y acometiendo con impetu terrible á los escuadrones cristianos, les cortaron toda acción; de manera que allí se trabó una cruda batalla de arcabuceria entre los cristianos por ganar el paso, y los moros por defenderle, cayendo de ambas partes mucho número de soldados muertos. Moviése tanto rumor y vocería al son de trompetas y tambores, que resonando los ecos por las altas y cavernosas sierras, parecia romperse alguna cruel batalla en aquellas partes.

El marqués de Mondéjar se puso á esta sazón un fuerte peto, por recelo de que alguna bala no diese fin á su vida; y con efecto no tardó mucho en alcanzarla una por la que el peto fué abollado, y á no haber sido tan fino hubiera muerto al buen marqués; de manera que pareció inspiración divina el haberse puesto aquella fuerte armadura. Andaba el reyecillo muy gallardo dando voces á sus gentes, y diciendo: «ea, leones de España, pues tales sois sin duda alguna, pelead hoy como varones, y advertid que la canalla cristiana es débil y flaca, no usada en la guerra, y no sabe qué cosa es frio ni calor, ni vestir armas, ni ejercerlas: por tanto, no teniéndolos en nada, haced gran defensa, y no tardareis mucho en ir á buscarlos á Granada, y aun por toda la Andalucía.» Con estas palabras los moros animados peleaban como leones, defendiendo valerosamente aquel paso de la puente estrecha. Tampoco el marqués holgaba, sino que atravesando de una parte á otra, y animando á sus escuadrones, les decía, que se acordasen del valor de sus pasados, que conquistaron otras veces aquellas Alpujarras, y que procurasen no ser ellos menos, considerando que las ganarían todas, vencido aquel paso dificultoso y ganado el puente. Con esto que el marqués decía puso tanto ánimo en los pechos de sus valerosos capitanes, que denodadamente arrojaron la muerte por pasar de allí. Don Luis Ponce de Leon, don Juan de Villaroel, y cuatro oficiales muy valientes de Córdoba, don Diego de Argote, don Pedro Acevedo, Cosme de Armenta, y don Pedro de Simancas con algunos otros capitanes, se abalanzaron todos de tropel con mucho riesgo de perder las vidas, ó de caer desde el mal seguro puente en una grande hondura; confiados en Dios y en su bendita Madre se metieron en aquel peligroso paso, y animando á otros muchos con su ejemplo, hicieron tanto por fuerza de armas, que al fin llegaron á la otra parte sin que les dañase la multitud de balas que les tiraban.

Aquí fué el mayor conflicto, porque los moros codiciosos de impedir que pasaran mas, y de matar á los pocos que habían pasado, acudieron en gran número á la boca del puente, y los cristianos al contrario anhelantes por pasar se trabaron de tal forma con los moros, que unos y otros no curaban ya de las armas de fuego, sino de las espadas, gorguoces y alfanjes. En fin, el valor castellano hizo y pudo tanto que, á pesar de las moras banderas, pasaron el puente muchos soldados, y dieron lugar á que todo el campo fuese pasando.

Visto esto por el señor de Valor, mandó hacer la señal de retirada, y todo el morisco escuadrón, peleando animosamente, fué haciéndola acia lo mas alto de la sierra. Llegando á esta sazón la noche, y muy oscura y cerrada